

XLVI.

MARTILLO Y YUNQUE.

Dos horas después de la procesión se verificaba el encuentro, ó, mejor dicho, el choque de John y su madre. Si la mujer había largamente acumulado la ira del ataque, no menos largamente había el hijo dispuesto la constancia de la defensa. El joven entró de nuevo en su casa, y como si nada extraordinario hubiese sucedido retiróse á su cuarto, cogió un libro, y acercóse á una ventana; con el fin de aprovechar aquel poco tiempo antes de comer. La madre, que oyó algún ruido se fué á él y con la faz demudada y la voz tembloro-

sa por el enojo le dijo:—Vengo á saber si has apostatado de la fe de tu madre

John, sin dejar apenas el libro, con una frialdad glacial, fijó los ojos en la faz de su madre, y dijo:—Os ruego, mamá mía, que dejeis por ahora la cuestión. Mañana tengo que ir á Florencia para ver al dentista; á mi retorno, á sangre fría, me pediréis explicaciones. Ahora no sabriais razonar: hasta os ha desfigurado la ira.

—Ira justa, respondió más exacerbada la mujer, que tú provocas cruelmente.

—Así será, tendré mis defectos; pero vos, irritada, no me comprenderías... No nos entenderíamos. Considerad que tengo veinte años... que hace veinte años os amo y respeto... no me pongais á prueba.

Dijo, y reanudó su lectura. Mistress Needle sintió el escollo en la firmeza con que su hijo pronunció las últimas palabras. A la ira sucedió el desaliento. Recogió todas las fuerzas de su espíritu para no dar en excesos irremediabables, y sin añadir palabra, retiróse. Se arrepintió John de la semiamenaza que se le había escapado, no sin un dulce sentimiento de haber medido el poder de sus fuerzas. Propúsose, sin embargo, resistir en adelante con menos dureza:—Está en un error, se dijo, mas la

debo compeler á que lo reconozca á fuerza de razones.

La comida fué un mortuorio. Callaba la madre, y pareció el hijo fuera del mundo presente. Clara y Clemencia conocían que estaba el tiempo amenazador, no atreviéndose á desplegar los labios. Julia intentó con cautela decir algo indiferente. En vano: morían todas las frases al nacer. Breve fué también la conversación en la sala por haberse retrasado la comida. Las muchachas, que tenían cien y cien cosas que demandar sobre la procesión, dejaban para después las preguntas. Con todo, halló Julia coyuntura para soplar en el oído de John estas dos palabras:—Por el amor de Dios, no os disgusteis con vuestra madre; dejad que yo hable primero.

Mas no hubo forma de impedir el estallido. Oyendo John sonar la hora del rezo de costumbre, dejó el libro, buscando el *Evening Prayer*. Faltó poco para mistress Needle se lo arrebatase de la mano como si fuese un apóstata indigno, pero no tuvo valor para tan atroz demostración que se podía convertir en la mecha de una mina. Además había John acusado de cólera, jurando por ello en sus adentros desmentirlo con la tranquilidad de su resentimiento.

Sin embargo, después de las oraciones era imposible que se fuese á dormir sin obtener una explicación del acontecimiento del día, y sin atenuar el escándalo que diera John á sus hermanas. Volviéndose pues á su hijo con un esfuerzo de artificial dulzura:—John, dijo; antes de que me acueste (¡Dios sabe cómo dormiré esta noche!) debes sacarme la espina del corazón, ó rasgar completamente toda la llaga... Dime si hay entre mis hijos un renegado.

John, con no menos afectada tranquilidad, respondió:—No, no hay un renegado: no he depuesto un ápice de mi religión.

—¿Y te metes en las bataholas de los papistas que adoran á sus Vírgenes?

—No os irriteis por cosas de poco momento, madre mía. Debeis saber que los papistas adoran á la Virgen tanto como yo y como vos; es una cuestión de buena fe, por nosotros discutida y resuelta.

—¡Pero tú en la procesión! ¿No considerabas la herida mortal que me inferías y el escándalo de tus hermanas?

John:—Clara, Clemencia, ¿os habeis escandalizado?

La más pequeña calló haciéndola enmudecer el temor de amargar á su mamá; pero Clara, figurándose que así la dulcifi-

caría, respondió:—¿Qué escándalo?... Mamá, no os conturbeis.

John continuó su impasible respuesta:—Por lo que hace á la herida mortal, á vos toca, madre mía, sacaros el puñal del pecho de modo que no sintais el más leve rasguño: basta que razonemos un poco.

—¿Quieres, pues, que no destile sangre del corazón de una madre abandonada por su hijo?

—¿Que abandonó el Egipto? Acabo de orar con vuestro *Prayer-book*...

—¡Negando su fe!

—¡Dale! ¿Qué tiene que ver la fe con lo hecho? Sed razonable: ¿no se ven todos los días protestantes de una comunión asistir á las funciones religiosas de otra? ¿No lo suele hacer así nuestra graciosa reina, jefe de la iglesia anglicana? ¿No presenciásteis conmigo el servicio valdense? ¿No pusisteis en Florencia buen semblante al hormiguero aquel de iglesias é iglesiasitas prusianas, escocesas, americanas, inglesas, pinarolesas, florentinas, con fes de varios colores, como son varios sus nombres, y, lo peor es, sembradas en aquella población con el oro, en lugar del verbo de Dios?

—Pero son protestantes, añadió la madre.

—Mas vos, ¿cuántas fes teneis? Una. ¿La renunciasteis por haber asistido á la función de otra iglesia? No. Tampoco yo: solamente que vos, abrazando en vuestra tolerancia todas las iglesias de Florencia y del mundo, no sabéis tolerar también la papista: yo tengo la manga más ancha: la tolero igualmente, y la juzgo tan respetable como todas las iglesias protestantes menudísimas que hay en el mundo, inclusa la misma nuestra anglicana, sin creer que reniego de mi fe por intervenir en una función papista. Y así como no habeis escandalizado vos á vuestros hijos concurriendo á la iglesia de los valdenses, costeando biblias en Italia y templos *no conformistas*, no escandalizaré yo yendo á la procesión católica.

—Es una temeridad, una temeridad grande, poner en parangón las iglesias protestantes con la papistas, dijo la madre, haciéndose violencia para no irritarse, es peor que una temeridad; pero aun pasando por lo que dices, ¿era lícito también que hicieras aquellas cosas de payaso, tan odiadas por mí, escandalizando además á tus hermanas? ¡Tú con hacha en la mano!

seguía diciendo, más que nunca terriblemente tranquilo:—No me aconsejo de nadie al rogar por mí ó por otros; me basta la guía de mi conciencia.

—La cual, dijo su madre, te permite rasgar la profesión de fe anglicana, en la que fuiste bautizado.

—¿Qué fe? ¿Qué artículos? preguntó Jhon.

—El artículo vigésimo segundo, respondió la madre.—Cogiendo el *Prayer-book* lo abrió y se puso á leer: “la doctrina romana concerniente al purgatorio, á los perdones, á las indulgencias, á la adoración de las imágenes y de las reliquias, como también la invocación de los Santos, es cosa del todo vanamente inventada.” He aquí la fe que profesaste hasta el día de ayer, que hoy has renegado.

Contestó Jhon sin turbarse:—Dejádme lo leer.—Logrado el libro, continuó:—Vos no conocéis todos los artículos anglicanos; he aquí uno que olvidais: “Como han errado las iglesias de Jerusalén, de Alejandría y de Antioquía, así ha errado la iglesia de Roma.” Bien. añadió yo: así yerra la Alta iglesia británica. Además aprendí el artículo sexto, el cual me asegura que sólo la Biblia es regla de la verdad, así como que

no es de fe indispensable una verdad no contenida ó aprobada en aquella. Decidme vos misma: cuando en mi sentir uno de nuestros treinta y nueve artículos sea contrario á la Biblia, ¿cuál de las páginas deberé romper? ¿La de la profesión ratificada por la reina Isabel, ó la de la Biblia inspirada por el Espíritu Santo?

Mistress Needle no supo qué responder. Gozábase Julia, pero disimulaba. John proseguía:—¿En qué lugar prohíbe la Biblia recurrir á la Madre de Dios? En ninguno. Luego debemos respetar la conciencia de quien la invoca: vos la mía, como yo la vuestra. En el caso de hoy, además de la licitud de la cosa, brillaba lo artístico, lo hermoso y lo sublime. ¿No es un espectáculo que á todos enamora ver á las mujeres y niñas de un país al rededor de una Imagen de la Virgen, haciendo voto de conservar la pureza de su alma? ¿Y ver cómo todos, por el ímpetu de su devoción, se quitan del pecho una perla con el fin de adornar el pecho de la Madre de Dios en señal de su promesa?

—No, no á la Madre de Dios; á una imagen de madera:

—¡Falso! gritó John; ¡falso! Ninguna de aquellas jóvenes pensaba que hacía el dón

sino á la Madre de Dios . . . ; luego lo colocaba á la imagen no pudiéndolo poner en el original, como yo, encontrándome lejos de vos, besaría vuestro retrato. He descubierto una poesía elevada, que nosotros los anglicanos del Norte no podríamos siquiera imaginar; aquellas gentiles aldeanas, púdicas y modestas, á mi modo de ver, representaban un idilio tan tierno y oloroso, de fragancia celestial, que jamás idearon cosa semejante Teócrito ni Virgilio.

No cabía en sí propia la maravillada Julia al descubrir en el taciturno y tosco John tan exquisito sentido del ideal religioso, al mismo tiempo que defendía con lógica incontrastable su propia opinión. El joven, conociendo que casi era señor del campo, quería vencer del todo; abusando de su triunfo, añadió:—Quien no tiene corazón no percibe tales bellezas de arte cristiano; vos, madre mía, no podeis menos de haberlas traslucido y saboreado. Habeis faltado vos; yo no. Debisteis dejar á mis hermanas en medio de aquellas piadosas jóvenes campesinas. ¿No es verdad (dirigióse á Clara y á Clemencia) que gustosamente hubierais ofrecido una perla, y rogado á la Madre de Jesús para que os conservara siempre buenas y obedientes á nuestra mamá?

Clara, que hacía meses rogaba secretamente á la Virgen, viendo que tendría de su parte á John, y segura de Julia, osó responder:—Con gusto, si la mamá lo permitiese.—Clemencia imitó á su hermana.

Al ver que tan inesperadamente pasábanse al enemigo sus amadas hijas, educadas con tanto celo y nutridas con tan pura doctrina anglicana, la pobre madre advirtió que estaba sola y era condenada por todos; sintióse mujer y débil. Prorrumpió en llanto, tapóse la cara con el pañuelo, y no sin grandes sollozos arrastró á la joven á su estancia.